

se nos representan no tengan en nos tanto poder que nos hagan apartar de aquellas liviandades y locuras que tan sojuzgados nos tienen, que nos hacen caer en tantos pecados de soberbia, de codicia, de lujuria y de blasfemia, y de otras cien mil desventuras, hermanas, parientas y grandes amigas de las infernales penas. Pues, muy alto Señor, que por reparo destas cosas en el mundo veniste, envíanos la tu gracia, derrama sobre nos la tu merced, porque con ello, rompiendo y quebrantando estas tan fuertes cadenas de maldad á que ligados estamos, tú, Señor, goces de nuestro servicio, y nosotros de aquella gloria santa que para los justos y buenos tienes aparejada.

CAPITULO CLX.

*Cómo las fuerzas del pueblo tirano,
Quiriendo vengarse con sus azagayas,
Pasan las cavas, palenques y rayas,
Y rompen la tela del muro cristiano;
Y cómo Calafia, la espada en la mano,
Hace gran daño con sus amazonas,
Donde murieron muy muchas personas
De fieles, y mas del bando pagano.*

Despues que los cristianos fueron encerrados, como ya oistes, la reina Calafia dijo á los soldanes: «Pues que mi venida os ha dado enojo, querria que os diese placer. Mandad á vuestras gentes que salgan, y vamos á la ciudad contra aquellos caballeros que delante nosotros osan parecer, y hágase el combate lo mas recio que ser pueda, y yo con mis gentes tomaré la delantera para la batalla.» Los soldanes mandaron luego á los suyos, que armados estaban, que saliesen con gran denuedo, y trabajasen por subir en el adarve; que ya aquellas aves eran encerradas; y ellos, con los de caballo, hicieron espaldas á la reina Calafia; y luego la gente salió de tropel, y llegaron á la cerca, mas no tan á su salvo como pensaban, que ya de la gente del lugar estaba guarnecida; y como los paganos iban subiendo por la escala, los cristianos los derribaban, por donde muy muchos dellos fueron muertos y maltratados. Otros llegaron con sus amparos y artificios de hierro, y cavaban muy de recio en la cerca; á estos tales le fué grande estorbo y peligro el olio y lo otro que sobre ellos caia; mas no fué tanto, que les quitase que no hiciesen muchos agujeros y portillos. Mas acudiendo allí el Emperador, que siempre traia consigo los diez mil de caballo, dejó dellos tantos, que bien lo pudieron defender, hasta que, á pesar de los paganos, por la gente del lugar fué reparado con muchos maderos y piedras y tierra.

Como la Reina vidó la revuelta, fué con las suyas á gran priesa á la puerta Aguileña, que Norandel guardaba, y iba delante todas, muy bien cubierta de aquellos escudos que os dijimos que traian, y su lanza muy fuerte en la mano. Norandel, que así la vido venir, salió á ella, y encontráronse tan fuertemente, que las lanzas fueron en piezas, y ninguno dellos cayó. Entonces Norandel puso mano á su espada, y la Reina á su gran cuchillo, que el hierro tenia de ancho un gran palmo, y diéronse muy fuertes golpes. A este tiempo luego se juntaron y mezclaron los unos entre los otros, tan revueltos y con tan grandes golpes, que gran ma-

ravilla era de lo ver; y si algunas de las mujeres caian en tierra, así lo hacian de los caballeros. Y si en aquesta historia no se cuenta por extenso lo que en particular cada uno dellos hacia, mostrando su gran fuerza y esfuerzo, no lo causa sino que la multitud de la gente era tanta, y tantos venian sobre cada uno dellos, que aquel gran maestro Elisabat, que lo miraba y por escrito lo puso, no pudo determinar lo que en especial en este trance pasaba, sino algunas cosas bien raras, así como esto de la Reina y Norandel, que ambos se juntaron, como habeis oido. La priesa era tan grande, que luego hicieron partir la batalla de aquellos dos, tornando cada uno en ayuda de los suyos. Pero digoos que las cosas que aquella reina lizo en armas, así en matar caballeros y derribar los heridos, como en se meter entre sus enemigos tan denodada, que no se puede contar ni creer que ninguna mujer á tanto bastasen sus fuerzas; y como lo habia con tan preciados caballeros, nunca se partian de darle muy grandes y fuertes golpes; pero todos los mas recibia en el su muy duro y fuerte escudo.

Como Talanque y Maneli vieron lo que aquella mujer hacia, y el gran daño que los de su parte rescibian, fuéronse para ella, y tomáronla en medio, y cargáronla de tales golpes, que ya la tenian como desatinada. Y una hermana suya, que habia nombre Liota, que la guardaba, entró tan rabiosa como una leona á la socorrer, y hirió á los caballeros tan mortalmente, que á mal de su grado se la sacó de poder, y la puso entre las suyas. Pues en este medio tiempo no creais que la gente de las flotas estaba de balde, antes os digo que tantos dellos tomaron tierra, que si no fuera por la merced de Dios y por el grande esfuerzo del conde Frandalo y de sus compañeros, la ciudad se perdiera de todo en todo. Muchos muertos hubo de ambas las partes, aunque mucho mas de los paganos, que mas flacas armas traian.

Así como habeis oido anduvo aquella revuelta y cruda batalla hasta cerca de la noche, en que no quedaba ninguna de las puertas abierta, sino aquella que Norandel guardaba; que las otras, por fuerza, siendo retraidos los caballeros por ellas, les convino, á mal de su grado, cerrarlas; pero así lo fué esta otra que digo; que como aquellos dos soldanes deseasen mucho ver cómo aquellas mujeres batallaban, detuvieron sus gentes que no entrasen en la liza. Mas como vieron ir el día, dieron sobre los cristianos tan arrebataadamente, que por poco entraran todos en la ciudad; y aun así, entraron mas de cien hombres y mujeres. Y Dios, que lo guió, habiendo el Emperador dejado las otras puertas cerradas, sabiendo cómo en aquella se mantenía la batalla, acudió allí; y como los vido en tal manera, apretó con los suyos tan recio, que matando dellos, sacó á los otros fuera. Allí perdieron los paganos mucha gente que desde las torres los mataron, y murieron de las mujeres mas de docientas; mas no fué sin gran daño de los de dentro, porque de los cruzados fueron diez muertos, que puso muy gran dolor á sus compañeros; los cuales eran estos: Ledaderin de Fajarque, Trion y Imosil de Borgoña, y los dos hijos de Isanjo. Recogida toda la gente en la ciudad, como dicho es,

así los paganos se retrujeron á sus reales, y la reina Calafia á su flota, porque aun no habia tomado lugar en la tierra. Y las otras gentes entraron en sus naos, de manera que por aquel día no hubo entre ellos mas contienda. Mas ahora los dejaremos así, y contaros ha la historia cómo las flotas de los reyes cristianos se juntaron en el puerto de la insula Firme, y de allí partieron al socorro.

CAPITULO CLXI.

*Cómo por mano del alto Señor
Se juntan en puerto que Firme se llama
Tantas de fustas, que dice la fama
Armada en el mundo no hallarse mayor;
Donde moviénd con santo favor,
El rey Perion llevando la guía,
Con próspero viento de noche y de día,
Llegaron á vista del Emperador.*

La historia os ha contado cómo Enil llegó á Roma, y el grande aparejo que en el emperador Arquisil y en don Florestan, rey de Cerdeña, halló; y asimismo cómo Gandalin llegó á la Gran Bretaña, y luego, por mandado del rey Amadis, fué al rey de Sobradisa don Galaor y á don Galvánés, y se pasó al rey Perion de Gaula. Pues ahora os contaré lo que de su embajada recaudó. Sabed que, vistas por estos reyes las cartas del rey Amadis, y sabido de Gandalin en la congoja que Esplandian quedaba, y cómo aquellas tan grandes compañías de gentes estaban sobre Constantinopla, que si por desventura se perdiere, toda la cristiandad en gran peligro quedaba, acordaron de poner en ello aquel remedio que los ministros del Señor muy alto en su servicio poner deben, cumpliendo aquello que tenia prometido á la ley de la verdad. Y con gran diligencia hicieron aparejar sus flotas, fornecidas de las mas y mejores gentes que pudieron haber, y sin ninguna dilacion fueron por sus personas puestos en ellas, yéndose la vía de la insula Firme, con gran voluntad de servir á Dios y ganar perdón del, de aquellos yerros que contra él habian cometido. Pues el rey Amadis no estuvo de balde; que de los navios que del rey Lisuarte le quedaron, y de otros que á muy gran priesa mandó hacer, y otros que los reyes comarcanos le prestaron, ayuntó tan grande armada y de tanta gente, que maravilla era verlo.

Tornando el conde Gandalin de aquellas partes que os dijimos, y dicho por él cómo todos aquellos señores aderezaban para navegar, acordó antes de su partida de ver al rey Lisuarte y la reina Brisena, que en el castillo de Miraflores estaban, donde el rey Lisuarte habia puesto muy gran recaudo, porque la Reina no supiese otras nuevas sino la dolencia de Esplandian, y que habia enviado otro mensajero para que de su parte rogasen á entrambos reyes que le viesen, porque su mal le crecia tanto, que no pensaba de escapar. Y llegado allí el rey Amadis, fué del rey Lisuarte muy bien recibido, y dijole: «Señor hijo, yo os queria llamar que me viésedes para esto que oiréis. Yo he sabido de Gandalin en lo que Esplandian está puesto, en que me parece que no solamente esté peligro ó afrenta toca á aquel emperador, mas á todos aquellos que somos siervos de Jesucristo, nuestro redentor. Y como yo haya pasado por muchas cosas mundanales, y con gran afi-

cion las haya ejecutado, poniendo en olvido de las reparar con aquella penitencia, con aquellas lágrimas que para ser perdonadas se requieren, he acordado de ir en este viaje que hacer quereis, poniendo mi persona tan adelante, por servir aquel Señor á que tantos enojos he hecho, como muchas veces la puse por servicio del engañoso mundo. Y porque la Reina, si la verdad supiese, quedaria con gran sobresalto, tengo puesto el remedio, que con justa causa antes de placer que de tristeza pueda de aquí salir; y esto es, que le he hecho entender que Esplandian está doliente en la insula Firme, y que ha enviado por vos y por mí, que le veamos. Así que, es menester que, usando desta cautela, me saqueis de aquí; que determinado estoy de no quedar acá en ninguna manera.» El rey Amadis le dijo: «Señor, vuestro pensamiento es tan católico y tan honroso para el mundo, y tan provechoso á vuestra ánima, que no hay qué responder, sino que sin otra dilacion por obra sea puesto. Pues ahora vamos á la Reina.»

Entonces entraron en su cámara, y halláronla rezando, y el rey Amadis le dijo: «Oh, Señora, Gandalin os hizo saber la dolencia de vuestro nieto, y ahora ha enviado otro mensajero, con que ruegan al Rey mi señor y á mí que le veamos, porque con nuestra vista cree que su mal en gran parte será remediado. No os pese dello; que muy presto será la tornada, trayéndole con nosotros.» La Reina le dijo: «Amado hijo y señor, aunque el mal de mi nieto sienta yo como arrancarme el corazon de las carnes, conociendo ser estas dolencias naturales, algun consuelo tomo; pero ya me veo con tan grande alteracion y tristeza despues de la venida de Gandalin, que nunca mis ojos cesan de llorar; y si este mal tan encubierto, que tanto me affige, no descubre alguna manera de placer, muy poca es mi vida. Y en esto que me decís, el Rey mi señor es libre para hacer de sí su contentamiento; que aquel será el mío.» El Rey le dijo: «Dueña, alegráos; que presto serémos de vuelta con aquel que tanto amais.» Y despedidos della, tomando consigo al honrado viejo don Grumedan y su espada, se partieron para Londres, y entrando en el alcázar de noche, porque el Rey no quiso que ninguno le viese, allí estuvo hasta que todo fué aparejado; y partiendo donde la flota estaba, se fueron la vía de la insula Firme, y llegando al gran puerto, hallaron á aquel muy esforzado rey de Cerdeña en él con la gran flota del emperador de Roma y la suya, que muy gran placer les dió. ¿Qué os diré? Que dentro de ocho dias fueron juntos el rey Perion y Agrájes, y el rey de Sobradisa, y aquel valiente rey Cildadan, que sabiendo aquella tan grande nueva, aunque no fué requerido, él se fué con grande armada y muy buena gente. Asimismo vino don Galvánés y el rey don Bruneo y don Cuadragante, y en el camino encontraron con el rey de Suesa y con Grasandor, que traian grandes flotas.

Cuando así se vieron juntos con tantas compañías, el esfuerzo suyo fué tan grande que á sus corazones vino, que aunque en contrario les viniese todo lo restante del mundo, no lo temerian. Y rogaban á Dios muy de corazon que les diese lugar de hallarse con aquellos in-

fieles, porque con algun servicio pagasen los yerros y pecados que contra él habian cometido. Y tomando la delantera aquellos dos tan hermosos y ancianos reyes, Lisuarte y Perion, navegaron por la mar adelante la via donde pensaban hallar aquellos sus enemigos. Finalmente, en cabo de veinte dias fueron á la vista de aquellos que en las altas torres de Constantinopla estaban; que cuando por ellos fueron vistos, aguardando que mas cerca se allegasen, en que claramente conocieron ser los cristianos, y viesan las grandes banderas y pendones tendidos, haciendo grandes ondas en el aire, comenzaron á dar muy grandes voces, diciendo: «Traidores paganos y enemigos de la ley de la verdad, agora seréis todos confundidos, destruidos y despedazados, si os áredes esperar aquellas grandes gentes que contra vos vienen.»

Cuando los de la ciudad esto oyeron, alborotáronse todos con mucha priesa, preguntando á los de la torre qué cosa fuese aquello: si era por injuriar á los enemigos, ó por dar placer verdadero á los amigos. Ellos respondieron que por entrambas cosas lo hacian, y que supiesen por cierto que Dios era en su ayuda; que tantas grandes flotas de cristianos por la mar venian, que no se podrian excusar de ser muertos todos sus enemigos, y que no tardarian de llegar; por eso, que lo dijese al Emperador. Estos fueron luego corriendo á los grandes palacios á se lo decir; y cuando tal nueva fué por él oída, no será necesario de contar el placer que hubo, pues que cada uno juzgar lo puede; y luego se armó y mandó armar todos sus caballeros y la gente de la villa, y con diez mil de caballo requirió las puertas, y llegando á la del Dragon, que el conde Frandalo guardaba, claramente se le representó ser las flotas de su socorro, y asimesmo les fueron manifiestas á los contrarios, y luego se recogieron todas las naves que sembradas andaban, y así juntas todas, las comenzaron á trabar unas con otras con muy gruesas cadenas, y retrajéronse algun trecho, de manera que los cristianos podian sin ninguna contradiccion tomar tierra. Asimesmo se armaron todas aquellas gentes de los reales que en cargo tenian aquel valiente Radiaro, soldan de Liquia, y el soldan de Halapa, llamado Mazortino.

CAPITULO CLXII.

Cómo Amadís envió á llamar á Esplandian, su hijo, á la montaña Defendida, antes que aquellos grandes reyes hayan entrado en el puerto de Constantinopla.

El rey Amadís antes que las flotas con gran parte á la vista de la ciudad fuesen llegadas, mandó al conde Gandalin que en la su barca fuese por Esplandian, porque á ellos se viniese. Esto fué luego hecho. Y sabida la tal nueva por él, del gran placer que hubo, hincó las rodillas en tierra y dijo: «Rey del mundo y de los cielos, bendito seas tú, que así socorres á los que en tu servicio vienen.» Y mandó poner sus armas y caballo en la fusta serpentina, y tomando consigo al conde Gandalin, se metió dentro. Mas la fusta no hizo señal de moverse, de que Esplandian fué maravillado, y aguardó algun espacio de tiempo, pero todavía estaba sosegada; el Conde le dijo: «Señor, ¿qué será esto,

que al tiempo que mas habeis habido menester socorro desta nave, os fallece?» Esplandian le dijo: «No sé á qué parte lo juzgue, sino es que como ella se mueva por el saber de Urganda, y Urganda está presa y encantada, sin que de sus artes se pueda aprovechar, así deben estar todas las cosas que della penden.» Esto fué así verdad como lo dijo él, porque aquella ínsula no hallada; en que Urganda hacia su habitacion, que á ninguno era manifiesta, en aquel medio tiempo de su prision claramente fué vista y tratada de todos los que verla querian.

Cuando Esplandian vido que no habia remedio, metióse en la barca de Gandalin, con todo el aparejo de armas y caballo, y tomando consigo quien lo guiase, se fué por la mar, y anduvo tanto, que á la segunda noche pasó cabe las flotas de los paganos; y llegó tan cerca de la ciudad á la parte donde era la puerta del Dragon, que bien pudo ver que las flotas de los cristianos no eran llegadas, y luego siguió la via por donde el conde Gandalin le habia señalado, y ante que mucho anduviese encontró las flotas. Y sabido de Gandalin cómo sus abuelos, el rey Lisuarte y el rey Perion, venian en la delantera, fuése á la nave del rey Lisuarte, que en ella venia con su padre; y llegando á ella, ninguno lo conoció, porque llevaba el yelmo en la cabeza, y entrando dentro, se fué donde el rey Lisuarte estaba, y como le vido, quitándose el yelmo de sobre la cabeza, siendo á él llegado, se lanzó á sus piés por se los besar. El rey Lisuarte, que así de súbito le vido, fué muy alterado, en tanta manera, que no pudo hablar. Y tomándolo entre sus brazos, lo juntó consigo, cayendo de sus ojos las lágrimas á hilo por los carrillos y barbas largas y canas que tenia, besándole en su cara muchas veces y en los ojos. Esplandian no tenia lugar de le besar las manos, y lloraba con gran placer en verse delante de aquel rey que le habia criado y que tanto le amaba. En esto llegó el rey Amadís, su padre, y dijo: «Hijo, mucho nos place con tu venida.» Esplandian, salido de entre los brazos de su abuelo, hincó los hinojos ante su padre y besóle las manos, y él lo besó y le dió su bendiccion. Y si decir se hubiese en la manera que fué recibido del rey Perion y de los reyes sus tios y de todos los otros, seria gran prolijidad. Basta que así como el amor que le tenian era en mucha cantidad, así en aquella hubieron de su vista muy gran placer.

CAPITULO CLXIII.

Cómo los siervos del alto Señor, con ricos tesoros y grandes haciendas, salidos en tierra, armaron sus tiendas, poniendo á los turcos en mucho temor; y cómo escribieron con grande furor, queriendo vengar su pérdida saña, al buen caballero y al rey de Bretaña, la reina Calafia y el Turco mayor.

Pues navegando, como habeis oído, llegaron cerca de la ciudad, trayendo consigo la flota del Emperador, que por miedo de los contrarios andaba desviada, desde donde vieron las flotas de los paganos, que muy juntas estaban. Y asimesmo vieron parte de los reales que en la tierra firme estaban, y luego sin mas tardar, á gran priesa los reyes delanteros tomaron la tierra, sin que

CAPITULO CLXV.

Cómo los reyes de grande saber, leyendo la carta de haz y de envés, aunque recelan contrario revés, aceptan el campo con mucho placer; y cómo Calafia, tornada mujer, vestida de paño de extrañas maneras, tomando consigo dos mil compañeras, al buen caballero acuerda de ver.

Tomando la carta aquella doncella negra y hermosa, ricamente ataviada, encima de la su fiera bestia se fué derecho al real de los cristianos; y preguntando por aquellos dos caballeros, padre y hijo, sabiendo ser en la tienda del rey Lisuarte, á ella se fué, siendo muy mirada de todos, pareciéndoles, segun su manera, muy hermosa y muy extraña en todo su rico atavío y traje. Y allí llegada, preguntó por ellos, y dijéronle que con el rey Lisuarte estaban. «Pues decidles cómo los quiere ver una doncella extraña; que si mandan que dentro los vea ó aquí donde estoy.» Cuando esto les fué dicho, quisieran salir á ella, mas los reyes Lisuarte y Perion dijeron que entrase donde estaban; que aquello era lo mas honesto. La doncella, apeada de su bestia, entró en la tienda donde los reyes estaban armados, asentados en sus reales sillas, ricamente guarnecidas y de muy preciosas piedras; que esto tenian por costumbre en aquel tiempo, cuando en las guerras andaban, de traer consigo las mas preciadas joyas, así de atavíos de sus personas, como de sus mesas, y de todo lo que tocaba la necesidad de su servicio; porque allí donde á la gente les faltaba, los unos no teniendo, los otros no lo osando llevar, con temor de lo perder allí, pareciendo ellos mas poderosos y de mayores estados, mostrando sus grandes riquezas, eran con mayor obediencia acatados. La doncella, llegada en su presencia, dijo: «¿Está aquí Amadís, rey de la Gran Bretaña, y Esplandian, que el caballero de la Gran Serpiente se dice, su hijo?—Sí, dijo Amadís, y ¿qué vos place, buena doncella? que yo soy aquel por quien preguntais, y veis allí mi hijo.» La doncella volvió la cabeza, y vido á Esplandian, que en pié estaba ante el rey Lisuarte, su abuelo, y fué espantada de ver su hermosura, y dijo: «Por cierto, Rey, tú dices verdad ser aquel el caballero que yo demando; que por todo el mundo es divulgada la fama de su muy gran hermosura, y ninguno puede tanto en loor de ella decir, que por la vista muy mucho mas no parezca. Pues toma esta carta, que á tí y á él viene, y responded así como vuestra gran fama lo demanda y como el esfuerzo de los corazones bastare.»

Tomada la carta, y leída, dijeron á la doncella que se tornase á su palafren; que ellos le darian la respuesta. Ella lo hizo así. Y entre los reyes hubo algun desacuerdo, diciendo que, teniendo delante de sí tantos enemigos, que no debrian poner tales dos caballeros en peligro de una batalla, porque muchas veces en lo semejante vienen grandes desaventuras, y que perdiéndolos, perderian mucha esperanza del vencimiento. Otros decian que seria bien que á aquel soldan y á la Reina les fuese acometido otro partido de mas caballeros. Pero el rey Amadís les dijo: «Buenos señores, así lo particular como lo general es en las manos y

alguno lo estorbase, y la causa por qué de los paganos no fueron acometidos adelante la oiréis. Así salieron muy muchas compañías armadas, y hicieron sacar sus caballos y tiendas y otros muy muchos y muy grandes aparejos conformes á su grandeza, y muy muchas gentes con sus artificios de muchas suertes para hacer grandes cavas y fosos para fortalecer el real. Así pasaron aquel dia, que porque os hemos dicho, no entendieron en otra cosa sino solamente en enviar á decir al Emperador que estuviese quedo en la ciudad, que tiempo habria para se ver, y que mandase al conde Frandalo que, dejada la guarda de la puerta, que se metiese en compañía de Agrájes en las flotas, porque en arte de la guerra era hombre muy señalado. Pues estando todos aquellos reyes en sus tiendas, mandando fortalecer muy bien aquella estancia, y aderezar para dar otro dia la batalla á sus enemigos, aquel gran soldan de Liquia y la reina Calafia, que juntos andaban poniendo recaudo en sus gentes que no se desmandasen, supieron por algunas personas cómo en aquel real de los cristianos estaban Amadís, rey de la Gran Bretaña, y el caballero Serpentino, su hijo, de que mucho placer hubieron. Y haciendo allí venir ante sí aquella doncella del Soldan, que ya oistes, que la carta habia llevado á Norandel, le mandaron que se fuese al real de los cristianos, y preguntando por el rey Amadís y por el caballero Serpentino, su hijo, les diese una carta de su parte, la cual decia así:

CAPITULO CLXIV.

Carta del soldan de Liquia y de la reina Calafia al rey Amadís y á su hijo Esplandian.

«Radiaro, soldan de Liquia, escudo y amparo de la ley pagana, destruidor de los cristianos, enemigo cruel de los enemigos de los dioses; y la muy esforzada reina Calafia, señora de la gran isla California, donde en grande abundancia el oro y las preciosas piedras se crian: Hacemos saber á vos, Amadís de Gaula, rey de la Gran Bretaña, y á vos, el caballero de la Gran Serpiente, su hijo, cómo somos venidos á estas partes con voluntad de destruir esta ciudad de Constantinopla, por los enojos y daños que el muy honrado rey Arnato de Persia, nuestro hermano y amigo, deste mal emperador ha recibido, dando favor y ayuda que á mala verdad parte de su señorío le fuese tomado. Y porque nuestro deseo no es sino en ganar gloria y fama, como hasta aquí la favorable fortuna nuestra nos lo ha otorgado, sabiendo las grandes nuevas que por todo el mundo corren de vuestras grandes caballerías, hemos acordado, si á vos placiere, ó vuestro esfuerzo á ello bastare, de antes que el gran cumplimiento de gentes, que excusar no se puede, se haga, de vuestras personas á las nuestras hayamos una batalla, siendo los vencidos en sujecion y obediencia de los vencedores, de ser por ellos muertos, ó llevados á la parte que su voluntad fuere. Y si desto rehusais, con mucha causa podemos juntar todas vuestras glorias pasadas con las nuestras, contándolas de nuestra parte, donde se mostrará claro en lo porvenir ser el vencimiento en nuestro favor.»

voluntad de Dios, donde ninguno sin la su merced huir puede; si á esta demanda alguna excusa pusiésemos, sería dar grande esfuerzo á los enemigos, y sobre todo, gran menoscabo á nuestras honras, y mucho mas en esta tierra, donde extranjeros somos y no han visto cosa de nuestros esfuerzos; que lo que en la nuestra es notorio, y lo que allí por virtud y buen seso juzgarse podría, acá sería juzgado y tenido á cobardía muy grande. Así que, teniendo confianza en la misericordia del Señor, yo me determino en que la batalla se tome, y luego sin mas tardar.—Pues que así os place, dijo el rey Lisuarte y el rey Perion, así sea, y Dios vos ayude con la merced.» Entonces el rey Amadís dijo á la doncella: «Amiga, decid á vuestro señor y á la reina Calafia que la batalla queremos con las armas que mas les agradaren, y el campo sea este campo, partido por la mitad, dándoles yo palabra que por ninguna cosa que acontezca no seremos de los nuestros socorridos, y que así lo manden á los suyos que lo hagan, y que si luego la quisieren, luego la habrán.»

La doncella se partió con esta respuesta, la cual por ella fué dicha á aquellos dos señores. Y la reina Calafia le preguntó qué le parecia de los cristianos. «Muy bien, dijo ella, que todos son hermosos y bien armados; pero dígame, Reina, que entre ellos es aquel caballero Serpentino, que nunca los pasados ni presentes, ni aun creo los por venir, otro tan hermoso y apuesto vieron, ni los que han de venir lo verán. Oh Reina, ¿qué te diré, sino que si él en la nuestra ley fuese, podríamos creer que nuestros dioses con sus manos lo habian hecho, poniendo en la tal obra todo su gran poder y mucho saber, sin que nada dello quedase?» La Reina, que esto oyó, dijo: «Doncella, amiga, gran cosa es la que me dices.—No es, dijo ella; que si la vista no, otra cosa no es de tal poder que de su grande excelencia pueda hacer entera relacion.—Agora vos digo, dijo la Reina, que con tal hombre como ese yo no entraré en campo sin que primero lo vea y le hable, y ruego al Soldan que lo tenga por bien, y á tí que la vista me conciertes.» El Soldan dijo: «Todo lo que á tí, Reina, será agradable habré yo por bueno.—Pues lo que mandas, dijo la doncella, yo lo traeré á tu voluntad.» Y volviendo la su animalia, se tornó al real; que todos pensaron que el concierto de la batalla traía. Mas siendo llegada, halló los reyes á la puerta de la tienda, y dijo: «Amadís, Rey, aquella reina Calafia te ruega que des órden á que segura pueda venir mañana á ver á tu hijo.» Él se comenzó de reir, y dijo á los reyes: «¿Qué os parece desta demanda?—Que venga digo, dijo el rey Lisuarte; que gran razon es de ver una tan señalada mujer en el mundo.—Esto tomad por respuesta, dijo Amadís á la doncella, y no dudes que con toda verdad y honestidad será tratada.» Con gran placer della, por haber así recaudado su mensaje, se tornó á la Reina y se lo dijo. Ella dijo al Soldan: «Quédate con la buena ventura, y castiga tu gente, que en este medio tiempo no hagan algun desaguisado.—Desto puedes, dijo él, estar segura.»

Entonces se fué á sus naves, y toda la noche estuvo pensando si iria con armas ó sin ellas; mas al fin determinó que en hábito de mujer, por ser mas honesto,

fuese. Y como el alba vino, levantóse, y diéronle unos paños que vistiese, todos de oro, con muchas piedras preciosas, y un tocado, que de gran arte era hecho; que en él habia gran volumen de muchas vueltas, á manera de toca, y poníase en la cabeza todo entero, bien así como una capellina; era todo de oro, sembrado de piedras de gran valor. Trujeron una animalia en que cabalgase, la mas extraña que nunca se vió: tenia las orejas tamañas como dos adargas, la frente ancha, no tenia mas de un ojo, como un espejo; las ventanas de las narices eran muy grandes, el rostro corto y tan romano, que ningún hocico le quedaba; salian de su boca dos colmillos hácia arriba, cada uno de mas de dos palmos; su color era amarilla, y tenia sembradas por su cuerpo muchas ruedas moradas á manera de onza; era de grandeza mayor que un dromedario, y tenia las patas hendidas como buey, y corría tan fieramente como el viento, y por los riscos andaba tan ligera, y se tenia en cualquiera parte dellos, como las cabras monteses. Su comer era dátiles y higos y pasas, y no otra cosa; era muy hermosa de ancas y costados y pechos. Pues en esta animalia que habeis oido fué puesta aquella hermosa reina y dos mil mujeres de las suyas, así vestidas de muy ricos paños, cabalgando, que la acompañaban. Llevaba en derredor de sí veinte doncellas, asimesmo ricamente vestidas, que le llevaban las haldas, que mas de cuatro brazas desde encima de aquella bestia arrastraban por el suelo. Con este atavío y compañía llegó aquella reina al real, donde halló á todos aquellos reyes, que en tierra salieron, en muy ricas sillas asentados sobre paños de oro, y ellos armados, que no tenían mucha seguridad en las promesas de los paganos; y saliéronla á recibir á la puerta de la tienda, donde fué apeada en los brazos de don Cuadragante, y los dos reyes, Lisuarte y Perion, la tomaron por las manos, y la sentaron entre sí en una silla. Cuando ella así se vido, mirando á una parte y á otra, vió á Esplandian junto con el rey Lisuarte, que lo tenia por la mano, y segun el grande extremo de su hermosura á la de los otros, luego pensó que aquel era, y dijo en una voz: «Mis dioses, ¿qué será esto? Agora vos digo que he visto lo que nunca su semejante ver se puede, ni se verá.» Y teniendo él hincados sus graciosos ojos en su hermoso rostro, ella sintió que aquellos rayos que de su resplandeciente hermosura salian, hiriendo en sus ojos, le penetraron al corazon; de manera que, no siendo hasta entonces vencida de la gran fuerza de las armas ni con las grandes afrontas de los enemigos, fué con aquella vista y pasion amorosa tan ablandada y tan quebrantada, como si entre mazos de hierro anduviera. Y como así se vido, considerando que de la mas larga estada mas inconvenientes le podrían venir para aquella gran fama que con tantos peligros y trabajos, como varonil caballero, ganado habia; que quedando en gran menoscabo de deshonra, sería tornada y convertida en aquella natural flaqueza con que la naturaleza á las mujeres ornar ó dotar quiso; y resistiendo con gran pena á que la voluntad á la razon sujeta fuese, se levantó de la silla y dijo: «Caballero de la Gran Serpiente, por dos excelencias que en fama sobre todos los mortales tienes, quise verte: la

CAPITULO CLXVI.

Cómo prendieron á sus competentes,
La justa vencida, los dos Scipiones,
Adonde las fuerzas de sus corazones
Ad ellos sin armas mostraron valientes,
Y luego, de fieros, tornaron pacientes;
Aquella amazona y el gran Radiaro
Fueron del campo, sin mas anteparo,
Llevados por medio de todas sus gentes.

Estando el rey Amadís y Esplandian armados, esperando la venida de Radiaro, soldan de Liquia, y de Calafia, reina de la California, no tardó que los vieron venir aparejados para la batalla. Toda la gente de los reales fueron asomados, y asimismo de la ciudad; que las cercas y torres eran dellos llenas. El Emperador estaba fuera hácia aquella parte junto con la cerca, y mandó á su hija Leonorina que, con sus dueñas y doncellas, se pusiese encima de una torre, porque pudiese ver lo que su caballero hacia. Todos, los unos y los otros, eran armados, para que si la seguridad engañosa fuese, no perdiesen ninguno su derecho. Pues cabalgando el rey Amadís y su hijo en sus hermosos caballos, tomando sus escudos y yelmos y lanzas, se fueron para ellos su paso á paso, pareciendo tan hermosos caballeros, que así á los unos como á los otros hacian maravillar. El Soldan dijo en alta voz: «Caballeros, hablémonos, si os pluguiere, antes que entremos en la batalla.» Amadís no le respondió, sino fueron así el paso que iban hasta juntar con ellos, y dijo: «Soldan, ¿qué es lo que quieres? — Lo que yo quiero, dijo él, es que los vencidos, si muertos no fueren, sean presos y llevados por los vencedores sin impedimento alguno.— Yo lo otorgo, dijo Amadís.—Pues agora, dijo el Soldan, comencemos nuestra justa.»

Entonces se apartaron un poco, y fuéronse á herir. El Soldan encontró á Esplandian en el escudo de tal golpe, que una pieza de la lanza le pasó por él cuanto una braza, que pensaron todos que por el cuerpo la tenia; mas no fué así, que la lanza pasó junto con el brazo, y salió á la otra parte, sin que en el cuerpo tocase. Mas Esplandian, que miraba donde estaba aquella su muy amada señora, encontróle en el escudo, que, pasándosele, le tocó el hierro en unas muy fuertes hojas, en que se detuvo, y con la fuerza del encuentro, sacóle tan recio de la silla, que le hizo rodar por el campo, é así hizo al yelmo, que de la cabeza se lo sacó; y pasó por él muy hermosamente, sin que ningun revés recibiese. La Reina se vino para Amadís, y él fué á ella, y antes que la encontrase, volvió la lanza de cuento, y hiriéronse en los escudos de manera, que la lanza della fué en piezas, y la de Amadís no prendió, y fué desvarando, y juntáronse uno con otro con los escudos tan bravamente, que con la gran fuerza del golpe fué la Reina tan desacordada, que cayó en tierra, y así hizo el caballo de Amadís, que hubo la cabeza hecha dos partes, y tomóle la una pierna debajo. Cuando su hijo así lo vió, saltó del caballo y sacólo de aquel peligro. En tanto la Reina, siendo tornada en su acuerdo, puso mano á su espada, y juntóse con el Soldan, que con gran pena se habia levantado, porque la caída fué muy grande, y tenia ya puesto el yelmo y la espada en la

primera, desta tu grande hermosura, que, si por vista no, ninguna relacion es bastante de contar su grandeza; la otra, la valentía y esfuerzo de tu fuerte corazon. La una he visto, la cual otra tal como ella nunca ver pude ni espero ver, aunque muchos años de vida me sean otorgados; la otra en el campo será manifiesta contra aquel valiente Radiaro, soldan de Liquia, y la mia contra este poderoso rey, tu padre; y si la fortuna otorgare que, así desta batalla como de las otras que esperamos, salimos vivos, entonces yo hablaré contigo, antes que á mi tierra torne, algunas cosas de mis negocios.» Y volviéndose para los reyes, les dijo: «Reyes, quedáos en hora buena; que yo irme quiero donde luego me veréis, con otras vestiduras diferentes destas que traigo, en aquel campo esperando al rey Amadís, teniendo esperanza en la movable fortuna que aquel que de ningun caballero, por valentía que en sí tuviese, nunca pudo ser vencido, ni de otras espantables fieras bestias, que lo será agora de una mujer.»

Y tomándola los dos reyes ancianos por las manos, la hicieron en la su extraña animalia subir, sin que Esplandian la respondiese; que como quiera que por cosa extraña la mirase y hermosa le pareciese, pero viéndola puesta en armas, siguiendo el diverso estilo que, siendo mujer natural, seguir debia, habiéndolo por muy deshonesto de aquello que por boca de Dios le fué mandado, que en sujecion del varon fuese, procurase ella lo contrario en querer ser señora de todos los varones, no por discrecion, mas por fuerza de armas, y sobre todo, ser infieles, á quien él mortalmente desamaba y habia voluntad de destruir, desvióse de se poner con ella en razones. Y como de allí fué partida, el rey Amadís mandó que le trajesen su caballo y el de Esplandian, porque si el Soldan y aquella reina al campo saliesen, estuviesen ellos apercebidos para les dar la batalla.

En este tiempo llegó por la mar aquel buen caballero y valiente en armas, don Brian de Monjaste, que estando con muy grande flota, por mandado del rey Ladasan (1) de España, su padre, en Cesonia, aquella que despues Ceuta fué llamada, para hacer daño á los africanos, supo de un cosario, que por la mar muchas y diversas partes corría, aquel cerco de Constantinopla, diciéndole don Brian: «Si tú, con esta gente que aquí traes, al muy alto y poderoso Señor servir quieres, agora tienes tiempo; que toda la mayor parte del mundo de paganos son venidos á cercar á Constantinopla, y la tienen en grande aprieto, y agora van en su socorro toda la cristiandad, que no falta mas sino España; y si Dios nuestro Señor por su misericordia no acorre á los suyos, ni esto ni lo otro quedará sin ser sujeto.» Oido esto por don Brian, enviólo á hacer saber al Rey, su padre, y entrando en la flota, navegando con muy gran priesa, deseoso de se hallar en cosa tan grande y tan señalada, aportó allí, como ya vos dije, donde á todos dió muy grande esfuerzo y placer.

(1) En la edicion que nos sirve de texto, *Lasadan*.

mano, y luego se acometieron muy bravamente; mas Esplandian, como os dije, estando en presencia de aquella tan preciada infanta, á la cual él mas que á sí mismo amaba, dió tanta priesa con tan duros golpes al Soldan, que, como quiera que fuese uno de los mas valientes caballeros que en los paganos se hallaba, y por su persona hubiese vencido muchas peligrosas batallas, y fuese muy diestro en aquella arte, no le aprovechando todo esto nada, fué tan desanimado, que casi no tenia poder ni lugar de dar golpe, y iba perdiendo el campo. La Reina, que se juntó con Amadís, comenzóle á dar muy fuertes golpes, y él se los recibía en el escudo, y otros le hacía perder; pero no porque pusiese mano á su espada, antes tomó un pedazo de la lanza que en ella habia quebrado, y con él le dió encima del yelmo tal golpe, que por poco la hubiera derribado.

Cuando ella esto vió, dijo: «¿Cómo, Amadís? ¿en tan poco tienes mi esfuerzo, que á palos me piensas vencer?» El le dijo: «Reina, yo siempre tuve por estilo servir y ayudar á las mujeres; y si en tí, que lo eres, pusiese arma alguna, merecería perder todo lo hecho pasado.» La Reina le dijo: «¿Cómo? ¿en la cuenta de esas me pones? Pues ahora lo verás.» Y tomando su espada con ambas las manos, fué con gran saña por le herir. Amadís alzó el escudo, y recibió en él el golpe, que fué tan bravo y tan fuerte, que el escudo fué en dos piezas; así que, el medio cayó en tierra; pero como la vió tan junta consigo, pasando el palo á la mano izquierda, trabóla del brocal de su escudo, y tiró tan fuerte por él, que, quebrando las fuertes correas con que al cuello lo echaba, se lo tiró, llevándolo en la una mano, y hizola hincar la una rodilla en el suelo; y en tanto que muy ligera se levantó, dejó Amadís el medio escudo, y embrazó el otro, y tomando el baston, fué para ella, diciendo: «Reina, otórgate por mi presa; que ya tu soldan vencido es.» Ella volvió la cabeza, y vió cómo Esplandian le tenia rendido y tomado por su preso, y dijo: «Primero quiero tentar otra vez la fortuna.» Y fué con el cabo de la espada levantada con las manos ambas, y quisiera darle por encima del yelmo, creyendo que él y la cabeza le haria dos partes. Mas Amadís, como muy ligero fuese, guardóse del golpe y se lo hizo perder, y dióle con aquel pedazo de lanza tan recio golpe por encima del yelmo, que la desatentó y hizole caer la espada de las manos. Amadís la tomó, y como así la vido, tiróle tan recio por el yelmo, que se lo sacó de la cabeza, y dijo: «Agora ¿serás mi presa?— Sí, dijo ella; que nada me quedó por hacer.»

A este punto llegó á ellos Esplandian con el Soldan, que por su preso se dió; y á vista de todos, llevándolos ante sí, sin que el seguro se quebrantase, se fueron al real, donde con gran placer recibidos fueron, no tanto por el vencimiento de la batalla, que, segun las grandes cosas en armas por ellos habian pasado, como esta historia mostrado ha, no tenian esta por gran gloria; mas porque lo tomaban para en lo en adelante por buena señal. El rey Amadís mandó al conde Gandalin que llevase aquellos presos á la infanta Leonorina, de parte suya y de su hijo Esplandian, y le dijese que le rogaba les mandase hacer honra al Soldan, por ser tan príncipe y esforzado caballero, y muy noble, y á

la Reina por ser mujer; y que así, confiaba en Dios que de aquella manera le enviarían todos los que quedasen vivos de las batallas que con ellos querian haber. El Conde los tomó consigo, y como la ciudad muy cerca estuviese, prestó fué en los palacios; y siendo en presencia de la Infanta, dándole los presos, le dijo lo que le fué mandado. La Infanta dijo: «Decid al rey Amadís que yo le agradezco mucho este presente que me envía, y que segun la buena ventura y grande esfuerzo dellos, que no terné en mucho que se cumpla en los otros lo que me ofrecen, y que tenemos acá mucho deseo de lo ver, porque, aunque he perdonado á su hijo, quiero que sea él juez entre nosotros.» El Conde le besó las manos, y tornóse al real. Y la Infanta mandó luego traer unos ricos paños y un tocado de la Emperatriz, su madre, y haciendo desarmar á la Reina, se lo hizo vestir; y así hizo con el Soldan, con otros paños del Emperador, su padre, y de algunas pequeñas heridas que tenian los reparó el maestro Elisabat; y el Soldan mandó enviar á su padre, y la Reina á su madre. Pero quiero que sepáis que la Reina, con toda su fortuna, fué muy espantada de ver la grande hermosura de Leonorina, y dijo: «Dígote, Infanta, que de aquel mismo espanto que hube en ver la hermosura del tu caballero, de otro tal, viendo la tuya, soy vencida; y si como el parecer son las obras, no temo ninguna afrenta en ser tu presa. — Reina, dijo la Infanta, aquel Señor en quien yo creo, segun mi esperanza, guiará las cosas de manera, que con mucha causa pueda yo cumplir aquella deuda que los vencedores tienen virtud sobre sí contra los vencidos.»

CAPITULO CLXVII.

Cómo los grandes reyes cristianos por la mar y por la tierra ordenaron sus batallas.

Esto así hecho, aquellos reyes de los cristianos, y grandes señores, acordaron de dar la batalla luego otro día, y mandaron que toda la gente que allí era, al alba del día oyesen misa, y fuesen armados y á caballo, tomando la delantera el rey Lisuarte y el rey Perion y el rey Cildadan, y tras ellos el rey Amadís y sus dos hermanos reyes, don Galaor y don Florestan, y la tercera Gasquilan, rey de Suesa, y don Galvanes y el gigante Balan, que aquel día allí llegó con una flota de muy buena gente; y la cuarta, el rey don Bruneo y don Cuadrágante, y Grasandor y el duque de Bristoya. Esplandian no quiso ir sino en la delantera con los reyes sus abuelos. En la flota quedaron Agrájes y don Brian de Monjaste y el conde Frandalo, que bien se puede decir con verdad que en los unos ni otros tal hombre de mar no se hallara. A estos enviaron á decir los reyes que, como supiesen que ellos hacian en la hacienda, acometiesen á los paganos, y si ser pudiese, pusiesen fuego á las naves, que, como muy juntas estaban, y trabadas con cadenas, antes que apartarse pudiesen estar quemadas; y asimesmo enviaron al Emperador á aconsejar que él con la gente mas baja pusiese recaudo en la ciudad, y los caballeros fuesen encomendados á Norandel, para que viendo tiempo, diese de recio en los enemigos hasta la muerte, pues con ella ganaban la

vida perdurable. Agora os contaremos lo que los paganos hicieron.

CAPITULO CLXVIII.

De la primera batalla que los grandes reyes cristianos por la tierra, y Agrájes y el conde Frandalo por la mar, muy cruelmente con los turcos hubieron.

Cuando por los paganos fué visto el vencimiento de Radiaro, soldan de Líquia, y de la reina Calafia, mucho fueron desconhortados, porque en estos tenian mucha confianza para el remedio de cualquiera adversidad que la fortuna les causase; mas viéndose tanta muchedumbre de gentes, no perdiendo el propósito que comenzado habian, luego enviaron á los reales donde el soldan de Halapa estaba, sesenta reyes y dos califes y cuatro tamorlanes con mucha compañía, considerando que si los cristianos que en la tierra firme eran fuesen vencidos, que de aquellos de la mar no ternian qué temer, y asimesmo proveyeron en las flotas en que siempre juntas estuviesen, y que por ser desmandadas no se les recreciese algun daño; y tambien tuvieron gentes apercebidas con grandes aparejos, y cincuenta reyes capitanes con ellos, que cuando viesen la gran revuelta, trabajasen de entrar en la ciudad. Esto así acordado, las gentes de los reales, unos y otros, fueron en el campo. Los reyes cristianos, en la manera que ya oistes, y los paganos al contrario dello, que no sabiendo cómo tanta gente gobernar pudiesen, no hicieron de sí division ni particion alguna, sino todos juntos, que ninguna cosa del campo les quedaba por cubrir; de manera que á los cristianos les fué forzado de hacer otro tanto, teniendo temor que ninguna de sus batallas era bastante para detener á tan grande número de gente, y que siendo desbaratados de los primeros, que los postrimeros no ternian lugar de los coger; antes á la vuelta dellos serian sus gentes retraidos y vencidos; y juntáronse en uno, que podrian ser hasta cien mil hombres de pelea, y los contrarios pasaban de setecientos mil.

Esta manera se fueron por el campo, al paso de los caballos, los unos á los otros; siendo ya á un tiro de arco, los reyes ancianos y el rey Amadís, y los otros reyes y grandes señores, que por escudos de los suyos delante se pusieron, hirieron á sus caballos de las espuelas muy recio, y fueron contra algunos de los reyes que asimesmo delante venian, armados de muy ricas armas. Allí fué una de las mas hermosas justas que nunca se vió. Que juntos los unos y los otros, así de los encuentros de las lanzas como de los caballos y escudos, que muy fuertes eran, no quedó en silla ninguno de los paganos, los cuales murieron, con la priesa grande que sobre ellos vino. Entonces se mezclaron todos con grande estruendo y voces y alaridos, que la tierra y los cielos hacian temblar. Aquellos reyes y caballeros señalados se metieron por las priesas con tanto denuedo y con tan poco temor de la muerte, por dar vida verdadera á sus ánimas, hiriendo, derribando y matando, que espanto era de los ver; pero lo que aquel Esplandian hacia en socorro de aquella su muy amada señora, no bastaria juicio ni mano para por escripto lo dejar, considerando que en la muerte ó prision della estaba la suya

dél. Este se metió por los enemigos, derribando, matando y hiriendo en ellos con tan grande esfuerzo y valentía, que así huian dél como de la mesma muerte. Muchas veces le quisieron cercar, mas aquellos reyes, sus abuelos y su padre y tios, temiendo su gran peligro, nunca le perdian de vista y ibanle siguiendo; y aunque la edad la fuerza le menoscabase, el grande encendimiento de sus voluntades la sacaba de donde perdida y escondida estuviese; que así acaece, que cuando las personas siguen las cosas mundanales perecederas, que á la via del infierno los llevan, aunque á la satisfacion de sus deseos las alcancen, no hay ninguno tan malo que dello no le venga arrepentimiento; y así por el contrario, aquellos que con mucha graveza forzando su mala inclinacion, se tornan á seguir aquello que á sus ánimas gloria promete, aunque en ello pena y fatiga sientan en las ejecutar cuando cumplidas son, de allí les viene el descanso y alegría que ellas consigo traen.

Y estos reyes que digo, teniendo en sus memorias aquellas grandes cosas que en servicio del mundo y en condenacion de sus ánimas habian pasado, y viéndose en tal parte, que no solamente podian dellas alcanzar perdon, mas mérito muy grande en lo por venir, desechando el miedo, no temiendo la muerte, con grande alegría de sus ánimas se metian por las agudas puntas de las lanzas y espadas, deseando que su sangre derramada fuese en servicio de aquel Señor que por ellos, con grandes azotes, con crueldades heridas, derramado la habia; así que, con mucho trabajo y gran peligro dellos, socorrido era. Entre los otros caballeros de la una y otra parte habia muy cruel y dolorosa batalla, que sin ninguna piedad se mataban y herian; mas como la gente pagana infinita fuese, y muchos dellos no podian entrar en la batalla, andaban pensando hallar lugar para ello adelante, de manera que en poco espacio de tiempo los cercaron todos en derredor, de tal manera, que á los que de léjos los miraban, pareciales que todos eran sumidos. Mas por cierto no era ello así; que como viesen en torno á sus enemigos puestos, y ellos de tal manera cercados, acordaron de hacer de sí una muela, volviendo unos contra los otros las espaldas, y las caras contra los enemigos. Allí eran cargados de saetas, piedras y lanzas, sin que otro mal recibiesen, que sus grandes fuerzas bastaban á que los enemigos, con gran miedo que á los golpes tenian, habiéndolos ya probado, no se les osasen llevar; mas ellos, no contentos de aquello, salian á ellos, y los que esperarlos osaban luego eran muertos ó lisiados.

Estando la batalla desta manera que ois, aquel esforzado y enamorado Norandel, que muchos caballeros á su ordenanza tenia, dijoles: «Agora, señores, tiempo es en que vuestra bondad parezca;» y dando de las espuelas á su caballo, se fué contra los enemigos, y todos los caballeros tras él, y dieron por el un costado con tanto denuedo y con tan grandes encuentros de lanzas y golpes de espadas, que en su llegada fueron por el suelo mas de ocho mil caballeros, entre muertos y heridos. Así que, á los paganos les convino acudir allí donde tanto daño recibian, de que se causó quedar en muy grande cantidad por aquella parte mucho desembarga-

do. Que visto por los cercados, con muy gran denuedo acometieron á los contrarios, y como esparcidos anduviesen, no con mucho peligro, matando muchos dellos, y aun perdiendo hartos de los suyos, pasaron á la otra parte, donde se juntaron con los de Norandel, quedándoles algun espacio de descanso. Las flotas, que ya os dijimos que en la mar estaban con aquellos caudillos, acometieron á los paganos, con intencion de morir ó destruirlos á todos. Mas como lo hubiesen con tantas gentes, y ya sus muy grandes naves trabadas con las gruesas cadenas que ya se vos ha dicho estuviesen, no se les siguió como ellos querian, antes los paganos peleaban reciamente; que en los ver tan pocos, segun su muchedumbre, no los tenian en tanto como en nada.

Allí pudiérades ver aquellos grandes acometimientos que el esforzado Agrájes hacia, que nunca llegó á nave que, si tiempo viese, dentro no saltase, donde aquel conde Frandalo lo sacaba, teniéndolo mas á locura que á esfuerzo, y no sin gran peligro de sus vidas; que así el uno como el otro muchos golpes recibieron, haciendo sus armas de poca defensa y valor; pero con esta tal osadía y con lo que don Brian de Monjaste hizo, hubo lugar que Belleriz, sobrino del conde Frandalo, y el cosario Tartario, pusiesen fuego á una gran fusta de los contrarios, la cual comenzó de arder en vivas llamas. Cuando los paganos esto vieron, llegaron muchos para matar el fuego, y los cristianos por se lo defender; así que, allí comenzó una muy cruel batalla, donde muchos de ambas partes murieron; mas lo que aquel conde Frandalo hacia, habiendo conocimiento del gran daño que á los enemigos de aquel fuego les podría venir, y la buena ventura que con ello á ellos se les seguía, no se puede decir ni poner por escrito; porque con su nave hacia tantas entradas, y tanto á peligro se metía por desviar del fuego á los paganos que no lo matasen, que si no fuera por don Brian de Monjaste, muchas veces fuera perdido.

Y si aquí no se cuentan tan por extenso los grandes hechos que los paganos hicieron, como se hace los de los cristianos, no creais que la afición lo causa, porque haciendo á ellos muy fuertes, por muy fuertes quedaban los que los sobaban y vencían. Mas fué la causa por no tener dellos conocimiento, ni saber sus nombres aquel gran maestro Elisabat, que, como se vos ha dicho, escribió esta grande historia, estándolo mirando desde una alta torre de la ciudad de Constantinopla; pues ¿qué os diré, sino que el fuego fué tan crecido y augmentado, que por grande diligencia y resistencia que para lo tomar se puso, no se pudo excusar que todas las naves, que con las fuertes cadenas trabadas y amarradas eran, que serian mas de cuatrocientas, no fuesen quemadas, con toda la mas gente que tenían, sin que alguno se salvase, sino aquellos que nadando á las otras se pasaron, y otros que fueran por los suyos recogidos?

CAPITULO CLXIX.

De la afrenta en que los cincuenta reyes á la ciudad pusieron mientras las batallas en la mar y en la tierra duraron.

A este tiempo que habeis oido, aquellos reyes y caudillos, que con muchas gentes tenían cargo de com-

batir la ciudad, llegaron con grandes aparejos al combate, creyendo que tanto ternian que hacer los contrarios en las batallas del campo y de la mar, que de la ciudad, por entonces teniéndola por segura, no se curarian; mas no lo hallaron así, que el Emperador, que apercebido estaba, acudió luego á la defender bravamente. Mas como la gente mucha fuese, y asimismo los grandes pertrechos que traían, no bastaron sus fuerzas á resistir que los paganos no hiciesen muchos portillos en la cerca, por donde algunos entraron; mas como la gente que defendían perdidos se viesan, creyendo que ya los cuchillos tenían sobre sus cabezas para ser hechos pedazos, como quiera que gente popular y no de mucha afrenta fuese, con el gran miedo de la muerte, sacando de sus corazones aquella fortaleza que nunca en ellos aposentada habia sido, acometieron tan sin miedo, con tanto denuedo, á los enemigos, que matando muchos dellos, y dellos muriendo muchos, por fuerza los lanzaron y tornaron por donde habian entrado. Así que, se puede decir que, mas por la merced y piedad de Dios, que en el tiempo del grande estrecho y afrenta socorre á los suyos, que por el esfuerzo de aquellas bajas gentes, la ciudad no fué tomada, y con ella muertos y captivos los mas de la cristiandad que allí juntos estaban.

CAPITULO CLXX.

Cómo partidas despues que se vieron
Las crudas batallas, el cielo rompian
Los gritos y llantos que todos hacian,
Llorando los muertos, que menos sintieron;
Y como los reyes los llantos oyeron,
Con dulces palabras así los consuelan,
Diciendo: «Señores, aquestos no os duelan,
Que vidas ganaron si vidas perdieron.»

Así como la historia vos ha contado, pasaron el primero día aquellas tres batallas, las cuales fueron por la noche, que los cubrió, partidas, y tornada la gente á su real, y las flotas apartadas unas de otras, donde se comenzaron grandes llantos por los muertos; mas luego fueron remediados por aquellos reyes, diciendo que las cosas que por servicio del mas poderoso Señor se hacían, como quiera que la fortuna adversas ó favorables las trujese, no debían dar pesar ni dolor; porque, si los cuerpos pereciesen, tornándose á aquella tierra donde fueron tomados, las ánimas inmortales gozaban del galardón que ellos merecían en se haber apartado de los engañosos vicios y deleites que con toda afición habian seguido, recibiendo muertes con tal martirio por aquel que de su propia voluntad mucho mas cruel y amarga la recibió por nos dar la vida, que desde el principio del mundo perdida teníamos.

CAPITULO CLXXI.

Del acuerdo que los paganos hubieron acerca de la batalla venidera.

Tan gran daño de muertos y heridos recibieron en estas batallas los unos y los otros, que hubieron por bien que el día siguiente holgasen con toda seguridad, por dar reparo á las heridas y á sus armas y caballos, para tornar á la batalla. Mas los paganos fueron muy

quebrantados, que mucha mas gente perdieron, y lo que mas les dolía, eran las naves que perdieron. Y algunos decían que sería bueno, tomando algun asiento, se tornasen á sus tierras, porque, segun la gran fuerza sentían en los cristianos y en la ciudad, que con mucha razon debían perder la esperanza de alcanzar la gloria y el vencimiento; por otros era dicho que si tal partido acometiesen, que sería poner á sus enemigos en tanta soberbia, y á los suyos en tal desmayo, que sería causa de con poca afrenta ser todos vencidos y muertos, y que, pues el negocio tan adelante estaba, que no era tiempo de volver atrás, sino que, teniendo esperanza en sus dioses, tornasen acometer á sus enemigos, con esperanza de los vencer y destruir. A ese consejo se acogieron todos, teniéndolo por mejor. Y acordaron aquellos altos hombres que dos reyes de los que nas habian usado las armas, con dos mil caballeros no tuviesen otro cuidado sino atajar algunos caballeros de los cristianos, que sin ningun temor en medio dellos se metían y les hacían casi todo el daño. Y si aquello hacer pudiesen, que con poca fuerza los que quedasen serían muertos ó vencidos.

CAPITULO CLXXII.

Cómo, segun cuenta la historia,
Las grandes batallas al juego volvieron,
Las cuales, despues que mal se hirieron,
La santa cuadrilla llevó la victoria;
Adonde ganando coronas de gloria,
Perdieron las vidas con buen corazón
El muy virtuoso rey Perion
Y el rey Lisuarte, de buena memoria.

Pasado aquel día y la noche, venida el alba, comenzaron á tocar las trompetas, así del un campo como del otro, y la gente fué armada y puesta en aquella parte que habian de haber la batalla. No donde fué la primera, porque de los muertos tan ocupada estaba, que por ninguna manera los caballos pudieron por ella andar; y como se vieron, se fueron los unos para los otros, y comenzaron la batalla con mucha mas braveza que de antes habian hecho. Esplandian como la muerte no dudase por la dar á aquellos enemigos de su Señor, despues que la lanza perdió, con que mas de diez caballeros habia derribado, puso mano á su espada, que en señal de ser el mejor caballero del mundo habia ganado, como antes se os dijo; metiéndose por los enemigos, comenzó de los herir y matar muy cruelmente. El rey Amadís, su padre, iba por otra parte haciendo maravillas; y así lo hacia el buen rey Cildadan, y don Galaor, y aquel muy esforzado rey de Cerdeña, y los otros famosos caballeros, no olvidando aquel fuerte don Cuadragante y don Bruneo, rey de Arabia; que todos estos, no contentos de entrar por una parte, y antes querer ser aguardados que aguardar á ninguno, iban adonde les parecía que mas necesario era su socorro. Así que, por muchos golpes que recibieron, no dejaban de matar y derribar cuantos ante sí hallaban. Pues aquellos soldanes y tamorlanes y reyes de los paganos, como fuesen buenos caballeros y anduviesen muy bien armados, acudían allí donde vian tan mal parar los suyos, y juntábanse con aquellos caballeros sus contrarios. Mas aunque algun rato se pudiesen con

ellos detener y sufrir, al cabo quedando maltratados y derribados en tierra algunos dellos, los otros tenían por bien de se tornar á meter entre los suyos.

Algunos podrían poner dubda, diciendo que no sería posible que destos altos hombres de los cristianos tantas gentes por sus manos muertas fuesen, teniendo en la memoria haber visto algunas batallas que muy diferentes destas les parecieron. Mas yo, queriendo quitar á la escritura de aquella mengua ó menoscabo que de la tal duda seguirse podría, digo que la causa dello fué, que como quiera que estas gentes de los paganos fuesen infinitas, todas las mas eran de baja condición, acompañadas de gran pobreza, que, como ya se os dijo, no alcanzaban casi armas algunas; que muchos dellos no traían sino una lanza, y otro un arco, y otros palos ferrados y porras, que pará entre ellos aquellas bastaban en las batallas que entre sí habian. Lo que por el contrario les acació á los cristianos, que, como quiera que muchos menos fuesen, y alcanzasen el metal del hierro en grande abundancia, que á los mas de los otros faltaba, tenían mejor aparejo de hacer aquellas armas con que mas seguros en la afrenta pudiesen entrar. Así que, por esta causa, los unos armados y los otros desarmados, no podían en igual pasar.

Tambien se podría aquí decir por algunos cómo no se hace mencion de aquellas fuertes mujeres de la isla California, que con su señora la reina Calafia allí vinieron. A esto digo que, como aquella reina fuese presa en dos maneras, la una de cuerpo y la otra de corazón, por ser sojuzgada y captiva de aquella gran hermosura de Esplandian, como ya se os dijo, en que cada hora y momento las encendidas llamas la abrasaban y atormentaban, sacándola de todo su sentido; tenía esperanza que si él de las batallas saliese vivo, que siendo ella tan gran señora de tierra y de gentes, y de todo el oro y piedras preciosas, mas que en lo restante de todo el mundo hallarse podrían, y que si en la ley della se pudiese alcanzar; si no, que luego sería cristiana, aunque gran señora fuese; que codiciando aquello que comunmente todos los mortales con gran afición codiciaban, trabajando y muriendo por lo haber, que ternían por bien de la tomar en matrimonio; y por esta causa envió á mandar á Liota, su hermana, que, recogidas sus naves, se desviase de las de los paganos donde daño no pudiesen recibir, y que no haciendo otro movimiento alguno, esperase su mandado.

Pero dejando esto, tornará la historia á su cuento, en que os hará saber cómo por la fortuna, que así lo quiso, ó por ser aquella hora limitada, y de que ninguno huir puede cumplida, ó por decir mas verdad, la voluntad del muy alto Señor, que siempre presto y aparejado está para perdonar los pecadores, conociendo y enmendando sus yerros, quiso llevar á su santo reino de Pariso alguno destos sus siervos, como ahora se contará.

Ya se os dijo cómo aquellos reyes cristianos, con aquel encendimiento de servir á su Señor, entraban entre sus enemigos por aquellas partes que mas á provecho á los suyos, y mayor daño á los contrarios, podían hacer. Y como Esplandian, con mucha braveza y demasiada saña, era el que mas con ellos envuelto andaba, á muy gran peligro de su persona, y cómo sus abuelos,